

"La Peste"

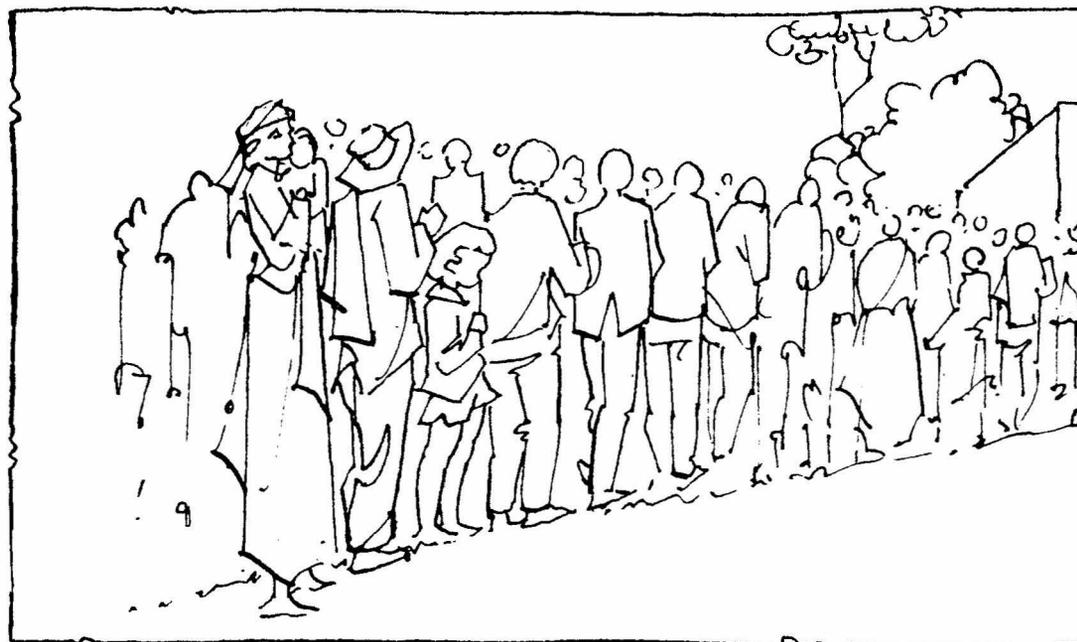
CAMUS Y LAS DEFENSAS DE LA JUSTICIA Y LA LIBERTAD CONTRA EL NAZISMO

Otto Morales Benítez

Referencias Pertinentes

La obra de Albert Camus, se caracteriza porque va creando símbolos. No hay desperdicio en su vocación en defensa de la integridad y del respeto que merece el hombre. Todo lo que escribe, está dominado por un sentido ético. Sumergido en su época, lo levantan en vilo las injusticias que la cruzan. No está para consentir las cobardías y complacencias. Cuando lo escogieron para el Premio Nobel, en 1957, al hacer su examen,

concluyeron que él iluminaba "los problemas de la conciencia humana de nuestro tiempo". Pero éste lo conturbaba, en cuanto lo ideológico no alcanzaba el fulgor y el contenido, que detuvieran la hecatombe. Por ello, indicó que la novela no era entretenimiento; ni devaneo intelectual; ni simple delirio estético en el cual se contaban aventuras. Para él, ella debía tener un mayor alcance al juzgar que el creador tenía que estar atado a lo que él mismo llamó "novelistas-filósofos". Advirtiendo que no quería proclamar que fueran "escritores de tesis". Era una necesaria aclaración para que no incidiera el equívoco. Resaltaba

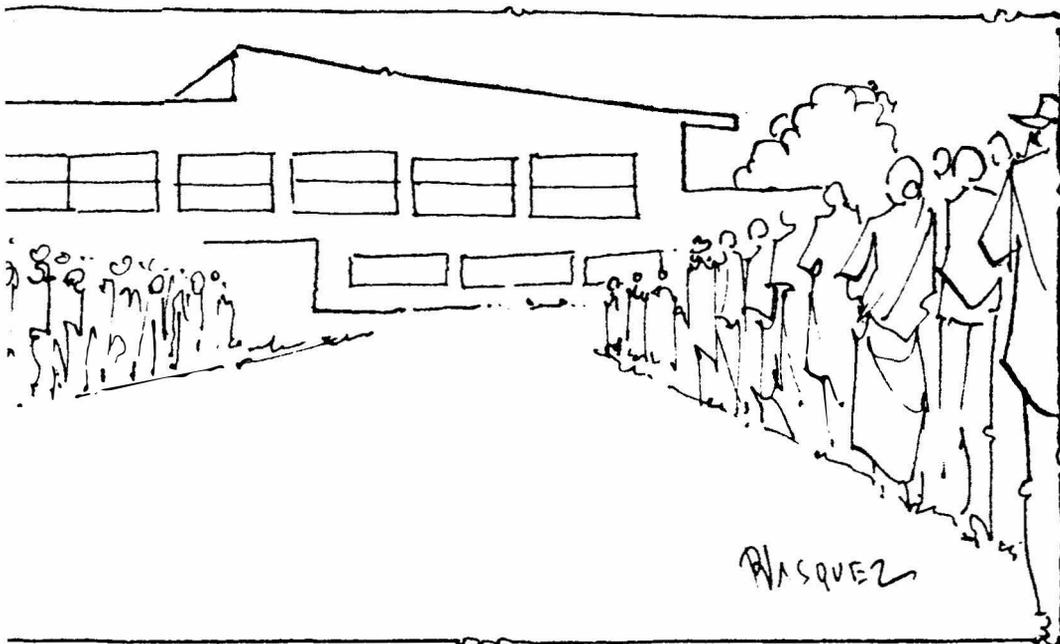


"que si un poco de pensamiento aparta de la vida, mucho, en cambio, reintegra a ella".

Nacido en Mondovi, en Argelia, en 1913, se le juzga por la crítica como francés. Además, cumple su periplo en París, especialmente desde 1940, año en el cual el gobierno de su país lo tilda de hastil por su posición ante los conflictos norafricanos. Porque invariablemente estuvo en la lucha. Esta, por cierto, para su generación tenía un doble carácter: las verdades con las cuales integraron su formación y las teorías que sustentaron sus creencias. Los principios básicos, los vió sumergirse en el avance despiadado del mal. Este, como engendro político. La dicotomía va quedando explícita en sus crónicas, en sus artículos. Se encuentra Inmerso en el avatar social y político. No es escritor de "torre de marfil". Al contrario, está allí al contacto de la Intemperie, con olor colectivo. Las fauces de la derecha, han infectado las corrientes.

Deja enseñanzas primordiales y de hondo significado. Ellas son de signo positivo. En medio de un ambiente que cruje, él, está allí, proclamando las larguezas del existir. Alguien dijo de él que tenía el "gozo del vivir y que obedecía al Ideal griego". Algo dionisiaco le daba impulso de fraternidad a sus actos. Pero está alerta: conmovido por los hechos que van destruyendo y cercando al hombre. Su batallar tenía el signo de protesta y de condena de todo acto que deja de tener la plenitud de la equidad. Cuando la justicia la estropeaba -en cualquier ángulo moral o en el más lejano sitio- su palabra irrumpía, conmovida, protestando. Era un ciudadano demócrata universal. Su filiación era la humanidad.

Cuando la crueldad de derecha -el nazismo, el fascismo, el franquismo fue imponiendo su desolación, él engrosó la "resistencia". Su obra denuncia, protesta, combate. No estuvo resguardado en la pretenciosa evasión. Se com-



prometió. En medio de tanto desgarramiento; cuando los principios con los cuales creó su obra, la soñó y la impulsó, parecían sucumbir ante la bota salvaje, volvían a emerger con su idealismo. Hay una determinante en su mensaje: la fe y la confianza en el ser. Este, lo hallamos cercado; furiosamente combatido en sus altos designios, impregnado en sus más nobles creencias. Nadie acepta que de allí pueda ser rescatado y que es tal el sometimiento que han ejercido sobre su existencia y su pensamiento, que no podrá volver a tener la plenitud de su carácter moral. Como que el abatimiento fuera su signo. Albert Camus no lo acepta así. Su palabra se empina para condenar. Sus adjetivos se agrupan para batallar. Sus reflexiones le dan amparo a los símbolos universales que lo alientan para permanecer: el amor, la solidaridad, la justicia, el equilibrio social, la tendencia a las concordancias. No es posible el hundimiento. Le recalcó a André Bourín, cuando éste le preguntó si su pensamiento había logrado algunas transformaciones, que sí. Y agregó: "Ahora tengo más confianza en la vida". Se evocará al periodista y al escritor, como al luchador contra el nazismo y todas las manifestaciones de derecha. No tuvo reposo. Rechazó la infamia, ejercida desde el poder, que envilece al ser. Sabía que tenía que apelar a la muerte, que lleva pánico a todas las gentes. Cuando es masiva, acobarda, acompleja y esteriliza al alma de la comunidad. Así se busca subyugarla. Pues él, Albert Camus, confió en las decisiones interiores del ser y juzgó que no duraría el sometimiento. Lo ideal, es superior a las durezas y mezquindades de los gobiernos y del horror. Siempre se vuelve a emerger de su hundimiento con renovados ideales. Estos son los que, ancestralmente, han conducido y orientado su sentido de la justicia. La obra, por ello mismo, es la exaltación del existir en la plenitud de la equidad humana.

"LA PESTE"

Quienes tenemos memoria de lo que fue la presencia del nazismo, del franquismo y del fascismo, sabemos cómo esta obra, "La Peste", refleja toda la opresión que ejerció el oscurantismo contra la libertad y los principios esenciales que indicaban cómo debía ser la conducta social. El, la sitúa en Orán, en Argelia, en el momento en que Francia tenía sus poderes imperiales. Es una ciudad "sin palomas, sin árboles y sin jardines". Con las caracte-

terísticas propias de las condiciones "comerciales de cualquier latitud". Es tan fuerte el acento mercachifle que entre sus estaciones la "primavera (que en todas las partes del mundo es exaltación, brillo en la naturaleza y júbilo en las almas, comentamos) la venden en los mercados".

El autor nos da las guías para entender por qué la persistencia en sus descripciones: "el modo más cómodo de conocer una ciudad, es averiguar cómo se labora en ella, cómo se ama y cómo se muere". En ese medio, se trabaja para enriquecerse. Es una obsesión el poseer el dinero. No ceden en esta pasión. Es la ambición sin límites. No cruza otra idea por el espíritu de sus habitantes. Porque hay "ciudades y países donde las gentes tienen, de cuando en cuando, la sospecha de que existe otra cosa. En general, esto no hace cambiar sus vidas, pero, al menos, han tenido la sospecha y esa es ganancia". Pero no se detiene en sus observaciones. Penetra con ellas en las intimidades y en los sentimientos. Nos describe cómo operan dos de éstos: "En Orán, como en otras partes, por falta de tiempo y de reflexión, se ve uno obligado a amar sin darse cuenta. Lo más original en nuestra ciudad, es la dificultad que puede uno encontrar para morir... en el mismo momento en que toda una población, al teléfono o en los cafés, habla de letras de cambio, de conocimientos, de descuentos...".

Así se va determinando que sus habitantes no están acondicionados para reflexiones sociales y políticas. Ni con tendencia para delirios, sueños, divagaciones. Como es un libro de simbolismos, lo que se describe es la dureza de la guerra, impuesta por la crueldad nazista. Ha tomado como referencia para indicar cómo se produce ese fenómeno: "de pronto se descubren" las ratas "que van invadiendo la ciudad. Nadie creía en ellas. No se sospechaba que existieran. Van reflejando parte de lo que ha invadido las almas de sus dirigentes". No reflejan actitud clara frente al invasor; no sospechan siquiera que pudiera existir; no tienen vocación para combatir.

Como andan en los menesteres inmediatos del dinero, necesitan conducción. No la encuentran en sus líderes, pues muchos no la tuvieron nunca en el conflicto; ni directrices intelectuales porque aquéllos habían abandonado la doctrina. Se habían sometido a lo

circunstancial. Se entregan y los atrapa "La Peste". Esta es un avance de las oscuras consignas políticas, que predominan.

Hay una subyugación del espíritu, porque lo doblegan. Así nace la "la peste". Esta progresa, avanza, invade avasalladoramente. Por descuido se consiente que ella vuelva. Es cuando la política la manejan quienes no tienen formación ética, que faltó, patéticamente, en la invasión a Francia. Un grupo de muertos -los que produce el nazismo consigue a esclavizar a la colectividad. Ante el temor de la desaparición, cada cual principia a acomodar sus voluntades. Van perdiendo los pespuntos de la rebeldía. La "organización" consigue someter, acobardar. El ser abandona su independencia. Así la muerte ayuda a que se ejerza el gobierno sin límites. Avanza el amedrentamiento. Las alegorías se encienden entre las desgarraduras.

LOS PERSONAJES

En estas páginas hallamos un gran fresco sobre su tiempo y la angustia que lo cubrió. Muchos individuos se hundieron, desbocados ante el dolor colectivo. Perdieron la capacidad de entenderse. Lo primero que impone un régimen de derecha, es el temor. En éste, basa el apoyo que consigue. Que lleva a que aquellos se desprecien. Comprende, entonces, que su vida se ausenta de la dignidad. Desde luego, la aspiración a la grandeza ideal, queda cancelada.

El significado y alcance de las acciones más importantes -que destacan a los seres- se van tejiendo en torno de algunos personajes centrales. Del portero Michel, quien negaba la existencia de las "ratas". De pronto lo van invadiendo, en el momento en que lo cerca la muerte. Esos dos sucesos, marcan la eliminación de una época. Otra comienza con su pavor colectivo; con el pánico social; con la ruptura de la solidaridad. Con la presencia de seres que van perdiendo el estímulo de las concordancias, que deberían alimentar sus existencias. Así se atomizan en el dominio del terror. El patetismo social, los cubre de angustia. Pero ésta es más fuerte en cuanto se convierte en aislamiento, en silencio. Comienzan a huir unos de los otros. Se comprometen en recelos. Cada cual tiene vigilancia sobre el compañero que le entrega desconfianzas. Le

transmite el terror. Las almas están sacudidas de pavor.

El médico Bernard Rieux cumple su tarea agotadora. Pelea contra la peste. Mientras su mujer, en un sitio lejano, va siendo perseguida por la muerte. Ella fue su amor y su amparo interior. Sólo lo que la ata a ella es una leve evocación y un mensaje telegráfico que le anunciaba su desaparición. Los sentimientos en esos años de la "peste", del nazismo, salían estropeados. No se amaba, porque todo era apresurado. Nadie podía detenerse en hallar cercanías con quienes pretendían hablar de amor. Las separaciones eran uno de los signos de la barbarie. Esta, impide la comunicación: ni se escriben, ni se hablan telefónicamente. Se rompen los vínculos. Rieux, el médico que tan constante esfuerzo dedicó a combatir la peste, en un momento se puso a pensar que uno se "cansa de la piedad, cuando la piedad es inútil". Va perdiendo así, lentamente, las ataduras. Este galeno apenas mencionaba a su mujer de treinta años, que conservaba su juventud a través de la sonrisa.

Rieux, dijo verdades que descubrían la dureza del mando que se había impuesto. El, juzgaba que el hombre estaba "cansado del mundo en que vivía, y sin embargo, inclinado hacia sus semejantes, decidido, por su parte, a rechazar la injusticia y las concesiones". Esa es la clave. Con la primera premisa, se logra cancelar lo armónico del existir. Destruyen es la equidad. Esta, la rompen en pedazos y la pisotean. Desde ese momento, en adelante, se comienza a ceder, a entregar parte de la concepción del universo; a dejarse subyugar; a romper lo que lo ataba con los otros seres. Es el derrumbamiento del medio donde había propósitos de amor.

Raymond Rambert, es el periodista que queda amarrado sin libertad. No la recobrará ya, nunca, mientras ese imperio del abuso, exista. Jean Tarrow aparece en la ciudad "en medio de la confusión general y se esmeraba, en suma, en convertirse en historiador de las cosas que no tenían historia". Que, como en ese instante, son las que oxidan las almas; las perverten y las menguan. La proyección del tiempo es muy extraña, como corresponde a una etapa donde la infamia -la repetición de ésta- va empequeñeciendo todas las formas de respetabilidad.

Es el narrador que se documenta. Fue quien recibió las confidencias. Por ello da su "testimonio". Obra como historiador. Aquél, es el de la infamia que se prolonga, porque se padece en la doble dimensión de cobardía y de desprecio. Por ello Tarrow, de pronto, interroga: "¿Qué hacer para no perder el tiempo?" La respuesta revela cómo se van perturbando las almas: "sentirlo en toda su lentitud".

Grand es el pequeño empleado municipal. De pronto llora cuando descubre que ha perdido capacidad de compartir la infantilidad. En estas horas, es cuando se logra la mayor proximidad entre los seres. Ese impulso del espíritu, también lo marchita el desprecio humano y sus durezas. El médico Castel es quien inicialmente usa la palabra "peste". El, señala lo que se vive y lo que se padece. El padre Paneloux, con sus prédicas, indica cómo es el repliegue moral. Cómo a la decisión espiritual, la arrasa el temor y la pervierte. Se van aflojando los lazos del amor; de las mutualidades; de las cercanías. Hay un tajo en las vidas: éste separa, condena al silencio. El recelo es como un hilo conductor de los actos. Como que a las almas les impusieran caminos divergentes. Se rompen todas las concomitancias.

LOS COMIENZOS

Camus va describiendo cómo comienza la peste y de qué manera se desarrolla. ¿Ella irrumpe inesperadamente?. No parece que sea así. El ciudadano tiene ciertas complacencias; niega las evidencias; se impone afonías para conjurar sus propias debilidades. Entonces, ¿Cómo progresa? Lentamente se van produciendo actos que luego serán históricos, donde el ser va entregando parte de su libertad. No hay quien lo detenga en sus derrotas, pues los líderes van transando; doblando, y enrollando la doctrina; justificando con explicaciones cómo debe perdurar la infamia. Creen que ésta no los alcanzará.

Cruza la "peste" por la ciudad. Es una extraña fiebre. Su tragedia, es que vuelve a recomenzar. Nunca parece terminar la indignidad. El novelista lo dice con maestría:

"Pestes y guerras cogen a las gentes siempre desprevenidas. La plaga no está hecha a la medida del hombre. Por lo tanto, éste dice que la plaga es irreal. Es un mal sueño que tiene que pasar". Como se observa, el indivi-

duo pretende, invariablemente, que la vida tiene una larga sucesión de acontecimientos. Que ellos, a veces no le atañen. Que no lo lastiman. Esa explicación puede ofrecerse por ligereza; por falta de reflexión sobre lo que sobrevino; por pusilanimidad para no tener que sufrir la intimidación de su propia conciencia.

Todas las medidas que se toman, van completando el drama político. Le van dando significado a lo que fue el paso de los ímpetus desatados del nazismo y del fascismo por Europa. Cada una, nos despierta la vigilia sobre un acontecimiento. Sobre un mutismo que cayó sobre la humanidad. Enunclémoslas como van presentándose en esta sucesión de alegorías.

Lo primero, es cerrar las puertas de la ciudad. Es la separación para que no haya contaminación. ¿De quién?. De la democracia, seguramente. Luego, no escribirse con los seres ausentes. La información es peligrosa cuando se desea mantener el vasallaje. Para ello es bueno silenciar los teléfonos. Los telegramas se toleran porque lo que se transmite quizás es bueno controlarlo, dosificarlo, y analizar si implica alguna clave. Se pueden detener, simplemente, si despierta una leve sospecha. En el teléfono ello no sucede, porque lo que se pronuncia puede revelar demasiados sistemas de la persecución. De esa manera, las frases dejan de tener otra proyección. Se las elimina, por el sistema político, su intención pierde significado. Y cada quien sufre por sí y por los ausentes: la esposa, el hijo, la amante. La peste los dejaba ociosos y complacientes "un día tras otro con los juegos decepcionantes del recuerdo". Hay que evocar, porque no se puede juzgar. Esa es la condena nazista.

Se ven acorralados en el exilio en la propia casa. De esa manera se pierde la capacidad de protesta. Cada acontecimiento les impide producir una reacción. Se van despojando de juicios, criterios, doctrinas, contracorrientes: "El sentimiento del exilio, es aquel vacío que llevábamos dentro de nosotros", dice uno de los protagonistas. Lentamente, son prisioneros y en tal calidad les viene "el derrumbamiento de su valor y de su voluntad". Esta es la verdadera y eficaz esclavitud política. La que clausura toda capacidad de rebeldía. No se puede consentir en esas horas sino "el recuerdo inútil". En ese período, dejar de hacer reflexio-

nes acerca de su aislamiento. Es cuando se llega a la entrega total; la vergonzosa dependencia sin un arrebató de dignidad; la claudicación que engendra la impotencia.

Se comienza a mantener "los ojos bajos". Hay una vergüenza que dirige el alma. Los amantes tienen dificultades "para recordar los rasgos y gestos del ausente". El lenguaje no logra los significados tradicionales: se desea que no se manifieste con ningún matiz de protesta: "sacado de esta larga conversación interior que sostenía con una sombra, era arrojado, sin transición, al más espeso silencio de la tierra".

El Prefecto, el sicario del régimen, extremaba sus alevosías: cortaba la circulación de los vehículos, porque el desplazamiento libre, en una dictadura, puede facilitar las denuncias; llevar lo imprudente para el régimen; acelerar datos que no deben ser expeditos ante la opinión. El aprovisionamiento es controlado. Nadie puede acumular bienes para la resistencia. Deben prosperar los sistemas de racionamiento: economía en la electricidad. Sólo lo indispensable para subsistir. No podía existir ostentación: las tiendas de lujo, cerraron. Aumentaban los peatones. Estos, acudían a unos sitios melancólicos, donde el diálogo no era estimulante. Se podían desplazar al cine, que repetía monótonamente, el mismo films. Y los seres, empeñados en que lo esencial es su propio destino, olvidaban sus responsabilidades colectivas, seguían poniendo "en primer término, sus sentimientos personales".

LA LOCURA COLECTIVA

La ciudad adquiriría así un extraño sonido. No era la repercusión de los ruidos tradicionales. Estos habían perdido la dimensión de lo cotidiano, que se repetía en el curso de su devenir. Era un "bordoneo confuso". Todo precipitaba a la desesperación, que como impulso de la angustia, de la desolación, de la contradicción interior, favorecía la locura. El día menos esperado, dice Grand mirando a un transeunte:

"ES UN LOCO"

"Rieux, que le había cogido del brazo para alejarse de allí, sintió que temblaba de enervamiento:

-Pronto no habrá más que locos entre nuestras cuatro paredes- dijo.

Añadiendo a todo esto el cansancio. sintió que tenía la garganta seca.

- Bebamos algo.

"En el pequeño café donde entraron, iluminado por una sola lámpara sobre el mostrador, las gentes hablaban en voz baja, sin razón aparente, en la atmósfera espesa y rojiza. En el mostrador, Grand, con sorpresa del doctor, pidió un alcohol que bebió de un trago, declarando que era fuerte. No quiso quedarse allí. Fuera le apareció a Rieux que la noche estaba llena de gemidos. En todas partes, en el cielo negro, por encima de los reflectores, un silbido sordo le hacía pensar en el invisible azote que abrasaba incansablemente el aire encendido".

Naturalmente, el descontento aumentaba. Cada vez, había más silencio. No se expresaban las protestas. En cuanto las estaciones pasaban, las incomodidades y represiones se hacían más explícitas. El verano, por ejemplo, implicaba estar en el mar; compartir sus aguas salinas y sus aires yodados. Ahora, no. Todo se restringía. El paso de una etapa a otra, se percibía en las exhalaciones de la tierra: "el sol de la peste extinguía todo color, y hacía huir toda dicha".

LOS INTRINCADOS CONTROLES

Todo gobierno imperial, agobia con los reglamentos absurdos; con las disposiciones caprichosas; con las legislaciones reprimentes. Como no hay control legal, ni discusión pública, ni análisis político, cada cual queda atenazado al capricho personal. La omnipotencia del gobernante, al cual amparan disímiles y cumplidos servidores de doblegadas inteligencias, se va haciendo evidente en todos los repliegues para que no se escuchen respuestas a sus incertidumbres. El periodista Rambert planteó en varias ocasiones su caso. Alegaba que él estaba lejos de coincidir con los habitantes habituales. Transitoriamente lo habían tomado las disposiciones rígidas, que le impedían la circulación.

Jamás le resolvieron su solicitud. Invariablemente, tenían argumentos para detenerlo. No era bueno que se creara el antecedente para

movilizarse. Si alguien se desplaza, ¿cómo se controla su repudio, su protesta?. De esa manera aconsejaban los expertos en atar toda actividad al engranaje del estado. Para respetar las peticiones de Rambert irrumpieron los "formalistas", ceñidos al estatuto que ellos mismos manipulaban de acuerdo con sus caprichosas decisiones. Los "elocuentes" que predicaban que nada podía durar; ni persistir la condena al ostracismo. Los "importantes" que, para dilatar más la materia, pedían un resumen en el cual quedara muy explícita la situación. Los "triviales" le ofrecían bonos de alojamiento o direcciones de pensiones económicas. Los "metódicos" llenaban una ficha y la archivaban. Así cumplían su mandato con precisión. Los "desbordantes", que levantaban los brazos en alto, sin entender al personaje, ante su perplejidad y su desesperación, pero sugerían comprensión de lo que sucedía o su gesto era una insinuación de fastidio con lo que persistía. Los "impacientes", que miraban a otro lado, dejando la sensación de que algo muy profundo los ponía en confusión espiritual. Los "tradicionalistas" que manifestaban que debía dirigirse a otra dependencia administrativa o enderezar sus pasos hacia una gestión diferente. Así iban moviendo la desesperación entre demoledores piñones. Estos son los sistemas que el nazismo impuso para el sojuzgamiento. Es una forma de manifestarse la injusticia, contra la cual invariablemente combatió Camus.

LA FUENTE DE LA ESPERANZA

Todo ha ido cambiando. ya ni los inviernos ni los veranos tienen semejanzas con los anteriores. El ser, en cada amanecer, sabe que ya está atado a la infamia de los reglamentos. Se halla oscilando entre su desolación y las rigideces del régimen. Va plegándose. Pierde su capacidad de combate. Se siente hundido, entre los pavores reales y aquellos que le crea el "régimen". Lo único que estimula la esperanza, es que hay unas fuentes jóvenes, que parecen olvidar todo lo que circunda, de pavor y de asco, el existir. Ellos están, desafiantes, con desparpajo, con actitud de reto ante la muerte. El contradecir las normas del aislamiento, ya presagia que el vivir, para ellos, tienen un requerimiento de protesta. Es la primacía de la esperanza lo que ellos representan. Es otro de los simbolismos de Camus en donde, cuando parece hundida toda posibilidad de salvación, se manifiestan ideales

que comienzan la batalla. Por ello en sus obras, todo no está perdido. Y como tiene una extraña y firme confianza en sus semejantes, el universo alcanza dimensiones que crecen en posibilidades de rescate:

"Todos los días, de once a dos, hay un desfile de jóvenes, de ambos sexos, en los que se puede observar esta pasión por la vida que crece en el seno de las grandes desgracias".

DIALOGO DE LA MUERTE Y DE LA COMPRENSION

En la novela irrumpen personajes sin nombre; con mutilada identificación. Lejanos y apenas son como una vislumbre del paso por el universo. ¿Cómo se llaman; cómo son; de dónde provienen, qué rasgos y certidumbres los distinguen? Nada se sabe. Por ejemplo cuando Rieux conversa con su madre, pasa la sombra de su esposa. Pero ¿dónde está? ¿cuáles son sus filiaciones? Es parte del pestilente ambiente que crea el sistema político: Impide las solidaridades!!!

Rieux, dice a su madre:

"Sí, todo va bien, según el último telegrama. Pero yo sé que ella dice eso para tranquilizarme".

Es la primera referencia, sin identificaciones. Es parte de la dureza de la separación que se padece en el nazismo.

Más adelante Rieux le hace afirmaciones a Tarrou: "- No es cierto, puesto que el orden del mundo está regido por la muerte...".

Más adelante agrega:

"... Pero esa no es una razón para dejar de luchar".

Entonces, Tarrou, preguntó:

"... ¿Quién le ha enseñado a usted todo eso, doctor?"

La respuesta vino inmediatamente:

"... La Miseria".

En esta contestación está el resumen de lo que se identifica invariablemente en la obra

del gran escritor francés-argelino. En medio de turbiones; cuando el existir no deja resquicio para el sueño; cuando la pobreza nos cerca con sus innúmeras privaciones; cuando nos vemos despojados de toda posibilidad, alguno de los personajes de Camus enciende al ánimo de la reconstrucción. Como le tocó el más despiadado imperio de la derecha europea, con horrores sin límites, puso la fe en el rescate social. Y a sus integrantes les halló las reservas espirituales ocultas. Y los impulsos perdidos, entre horas de perplejidad y confusiones.

Ello es evidente si repasamos otro coloquio. Estos son de una brevedad impresionante. Pero tienen una palabra -una sola- que resume todo el furor íntimo que le da la permanencia a la espera de la comunidad. Con una se va entretejiendo lo que se anhela; lo que se espera. Hay desolación, pero hay una indicación de que no todo está perdido. Las calidades y reservas ocultas del ser, tienen más poder que la adversidad. Escuchemos otra conversación:

"... Vamos, Tarrou, ¿qué es lo que impulsa a usted a ocuparse de esto?"

".. No sé. Mi moral, probablemente.

"... ¿Cuál?"

"... La comprensión".

Aquí se expresa lo que gobierna muchos de los actos individuales. La comprensión, es una mayor dimensión que la simple moral personal. Es la proyección, sin límites, de lo que uno puede entregar a sus semejantes. Le da amparo para esperar algo en el porvenir. Alimenta la reflexión de que hay calidades desconocidas, que tendrán, más adelante, el imperio de las cobardías y sus mermas interiores. Es la capacidad de extensión de una buena conducta. El entendimiento acude con generosidades espirituales para muy accidentadas acciones, sin renunciar al futuro. Es una tolerancia en la cual, por tener el alimento de una moral, da la seguridad de que el universo no ha perdido, irremediablemente, su rumbo. Ni lo ha torcido sin que pueda recuperar su andadura. En una palabra -digámoslo otra vez-

Camus resume todo el impulso idealista que gobierna el existir.

Desde luego, el autor no tolera que todo ello conduzca al consentimiento de las maldades desatadas por el nazismo. El, cree que éstas pueden progresar porque hay limitaciones en las enseñanzas políticas y que éstas demandan que obedezcan a certezas doctrinales. En la pedagogía deben existir claridades:

"Para el cronista está más bien tentado de creer que dando demasiada importancia a las bellas acciones, se tributa un homenaje indirecto y poderoso al mal. Pues se da a entender de ese modo que las bellas acciones sólo tienen tanto valor porque son escasas y que la maldad y la indiferencia son motores mucho más frecuentes en los actos de los hombres. Esta es una idea que el cronista no comparte. El mal que existe en el mundo proviene casi siempre de la ignorancia, y **la buena voluntad sin clarividencia**, puede ocasionar tantos desastres como la maldad".

LA HISTORIA COLECTIVA

Precisamente por falta de precisiones de lo que es el pensamiento democrático; por no explicar sus tendencias y alcances; por mantenerlos aislados de los principios; por clausurarles la posibilidad de intervenir y de participar ideológicamente, los individuos van doblando "en paños fúnebrarios", sus resistencias. En la obra de Camus ello se hace perceptible, en cuanto él va, simbólicamente, dejando los rastros de todo lo que sacrifica al hombre. Y, lentamente, a la comunidad.

En cuanto en Orán crecían los desastres de la enfermedad, se iba ampliando el círculo de "los prisioneros de la peste". Eran las víctimas políticas del nazismo. Seguían pensando que eran hombres libres. Pero "la peste lo había envuelto todo. Ya no había destinos individuales, sino una historia colectiva". Que se confundía con la infamia.

En las dictaduras, se producen unos ruidos que son característicos de la marcha del imperio del gobierno. Siempre se identifican.

Proviene del aire marcial de las decisiones gubernamentales. Es el "aparato" de gobierno que tiene sus sonidos, para anunciarse: el paso de quienes lo ejercen; la presencia en los

actos oficiales; la energía para reducir cualquier brote de protesta. La persistencia va acumulando resistencias internas en el gobierno. En Orán, el paso de la ambulancia, con su timbre, era el anuncio de que allí rondaba la peste y la muerte.

Como es de preverse, se presentaron reacciones. Algunas que marcaban la angustia. Otras, eran expresión de su dislocado acontecer. En la inquieta incertidumbre quemaban las casas porque pensaban que así alejaban la peste. Las puertas de la ciudad, varias veces fueron atacadas. Hubo tiroteos, evasiones, escenas de violencia. Llegaron a saquear las casas vacías. En ello no había premeditación. Lo que más sorprende en el relato, es que cada hecho era súbito. Se lanzaban a las casas en llamas. "Fueron estos incendios los que obligaron a las autoridades a convertir el **estado de peste** en **estado de sitio** y aplicar las leyes pertinentes. Se comenzó por fusilar a los ladrones".

La desesperación crecía con inusitada ansiedad. No podía dársele cauce. Se habían debilitado los resortes de la comunidad. El aparato del estado, cada vez incidía más en la vida ciudadana. Nadie determinaba nada. Todo estaba predeterminado por la derecha. La impaciencia sin cauce político, no obtenía respuestas positivas. La desazón crecía en las almas. No se podía hacer lo que se deseaba. La tranquilidad quedaba arrasada. El ciudadano estaba asediado por todo lo que odiaba o lo inquietaba. De allí que se apelara a manifestaciones violentas. Era la manera de pretender romper o protestar contra ese contratiempo que sumergía sus vidas. Crecía la locura. El común se encolerizaba. Despechado se inclinaba por las más absurdas acciones.

El "estado de sitio" se establece para poder controlar. La "única medida que pareció impresionar a todos los habitantes, fue la introducción del toque de queda. A partir de las once, la ciudad, hundida en la oscuridad, era de piedra".

No se detiene lo que arrasa y compromete al nazismo. Los habitantes "absorbidos por la necesidad de hacer colas, de efectuar gestiones y llenar formalidades si querían comer (todo típico de las dictaduras anotamos nosotros) ya no tuvieron tiempo de pensar en la

forma en que morirían los otros a su alrededor ni en la que morirían ellos un día". Está descrito cómo el "sistema" oprime; impide razonamientos; aleja de la fuerza sentimental. Somete a tantas restricciones su propio caminar en la existencia, que éste se va despojando de los ideales y pasiones que impulsaban su acción vital. Así, por ejemplo, cada vez se van simplificando más los rituales de la muerte. Cada día son más simples, rápidos, extremadamente parcos. En cuanto avanzaban las dificultades, no dejaban asistir la familia al cementerio. Se cancelaron las ceremonias. Se van evitando así identidades. Se rompen las ataduras. El "sistema" puede operar sin renovados obstáculos. El aleteo interior lo van eliminando: "la peste había quitado a todos las posibilidades de amor e incluso de amistad. Pues el amor exige un poco de porvenir y para nosotros no había ya más instantes... se había suprimido la tabla de valores". De esa manera lo que realizara el nazismo podía ser tolerado porque se había sufrido el avasallamiento. Estaba cada individuo o acto en sujeción. Lo que imperaba era la ética tremendista del terror. Y, lentamente, avanzaba la indiferencia ante la muerte. No se permitía ejercer "el oficio de hombre".

La enfermedad impuesta por el estado, amenaza la libertad. En lo contundente de sus reacciones, se produce un repliegue. Se va atrapando sin reticencias y con metodología.

LAS FUERZAS DE LA RESISTENCIA

¿El hombre acepta la fatalidad? Es una pregunta que sigue rondando, mientras avanzamos en la lectura de este texto de Camus. La intimidad insinúa una serie de largos razonamientos; de calamidades que van devorando la capacidad de pasión. Y como dice el autor que no fueron preparados para conocer sus deberes cívicos, entonces toleran que contra éstos avance el poder del dogmatismo: la desventura progresa entre la desilusión y las aflicciones. Por falta de orientación y de criterios políticos, hay instantes en que no se sabe dónde dimana la desgracia. Se siente que atrapa, y así se consagra la rutina. No hay valor para decidir. Se acepta lo inexplicable con consentimiento. Crece sin discriminaciones. Un día invade a un niño "la peste". Y asistimos a la dolorosa agonía de un inocente. No puede concebirse que ello suceda. Quienes hemos padecido la violencia, sabemos

que esto puede incubarse en las horas de locura del estado. El médico Rieux, dice:

"Yo tengo otra idea del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados".

El poder esencial de la fe era el que sostenía estas creencias. El Padre Paneloux había conmovido a sus fieles para que no imitaran a los cristianos de Abisinia que consideraban que había que aceptar la totalidad o nada. Ni tampoco a los apesados de Persia, que lanzaban sus harapos sobre los equipos sanitarios. Ni a los monjes del Cairo que daban la comunión con pinzas para que no los alcanzara el vaho de las bocas con pústulas. En la historia de Marsella, sólo cuatro de los religiosos sobrevivieron. Tres huyeron. Quedó uno. El sacerdote conminó: "Hermanos míos: hay que ser ese que se queda". Se requería tener creencias íntimas porque éstas le dan soporte a la resistencia. Y su amonestación alcanzaba la incitación a la batalla a la cual se enfrentaba toda la comunidad:

"No hay que apresurarse más que Dios, pues todo lo que pretende acelerar el orden inmutable que El ha establecido de una vez para siempre, conduce a la herejía... A nuestros espíritus, más clarividentes, les ayuda a valorar ese resplandor excelso de eternidad que existe en el fondo de todo sufrimiento. Este resplandor aclara los caminos crepusculares que conducen hacia la liberación".

Y agregaba sentencioso: "Únicamente había que empezar a avanzar en las tinieblas".

OTRA FORMA DE LA INFAMIA: LA CONCENTRACION

Fueron las concentraciones de seres, otra forma de la infamia nazi. El campo donde hacían los enemigos -los de la raza o de la política-, siguen teniendo poder de despertar la evocación de las más crueles escenas. Estas se alimentaban de rencores, de actos de barbarie sin límites. Es la búsqueda de la degradación del compañero. Que éste pierda su dignidad. Y, como consecuencia, su capacidad de combatir y de resistir. En esta novela, ella se efectuaba para la cuarentena. Así se lograba el aislamiento y nacía la desconfianza. Era como una sentencia: ya no tendría forma de regresar a su destino común. "Todos

padecían de la separación de aquello que constituye su vida. Y como no podían pensar siempre en la muerte, no pensaban en nada".

Se producía así una vacancia espiritual. Esta favorece la conformidad. Se acepta sin desahucio. Se va perdiendo la virtud de la reacción. Es un no tener fin la desgracia. No creer que ésta pueda tener orilla. Es comprometerse con lo más horrible de la crueldad humana. Y pensar que no hay ninguna posibilidad de superar el horror que inunda las almas. Eso explica que se vayan inclinando.

Entregan las posibilidades de protestar; de levantar un simple signo de desaire; de intentar comunicar sus aprehensiones. ¿Cuál nos acompaña en la desgracia?. ¿Quién tiene identidad con nosotros?. La desconfianza es el otro elemento que introduce la política entre los torturados. Cada cual sabe que en su cercanía está la muerte, la cual maneja, a capricho, el estado para conseguir la sujeción de quienes aún piensan en remotas aventuras de libertad. En el "campo de concentración", no se sabe cómo puede resolverse su incertidumbre. Esta, atrapa y curva los espíritus. "Lo peor es que están olvidados y lo saben". Entre las vacilaciones y perplejidades, la inundación de la fragilidad interior, arrasa. Es cuando piensa que "el sueño de los hombres es más sagrado que la vida para los apesados". Es cuando se presente y se padece el aislamiento total.

Se van creando barreras infranqueables, que llevan al abandono. Están irremediadamente perdidos. No aparece un allado que defienda. Los otros, acatan órdenes. Son la dureza política y moral. No hay un sólo destello de luz social que fortalezca la ilusión. Lo que se realiza tiene alcance de condenación o de repudio. Debe admitirse la sumisión, como alto e indiscutible mandato. Dimana de la superioridad de la sangre; de una visión prometelca que lleva a la salvación. Entre las premisas, gobierna la intransigencia.

Se interrumpe el coloquio. Las palabras no alcanzan, para quienes se acercan, los mismos significados. El ser se ve parcelado, separado. Es cuando dice Tarru: "Yo se a ciencia cierta que cada uno lleva en sí la peste, porque nadie, nadie en el mundo está indemne de ella".

Es una sentencia escueta. La "peste" es la que impide las identificaciones. Precipita el alejamiento de los otros. Lo que se hace, lo que se cree, lo que se ama, lo que nos apasiona, es "peste" para el otro. Es cuando se fortalecen los desacuerdos. Es la ineptitud para entregar solidaridades. Todo o nada, es la regla, es la regla aprehensiva. O se inclinan a mi creencia, o los conjuro y, finalmente, los destruyo. Los llevo a la perdición. No se acepta que alguien discrepe. La comprensión no es el signo de la hora política. Se impone una alternativa: supeditarse. Proclamar un exclusivo credo. El dogmatismo como cadena. No se puede dar pábulo a que se conciba lo que nosotros no admitimos. La justicia que se aplica, es la única. Las tesis doctrinales, son las que entran al amparo de las bayonetas, los campos de concentración, las indignidades públicas; cuando renuncia a los afanes colectivos. El avasallamiento es el signo. Es el poder monolítico del pensamiento. Sin una sola hendidura por donde pueda asomar otra luz al entendimiento. Quien no esté así, amedrentado y cobarde, es contraparte. Esta, debe ser extirpada. Es la obscuridad. La intolerancia para admitir que hay otros enfoques de los hechos, diferentes al propio. Es el sectarismo mental, político, económico, racial. Es la renuncia coercitiva, sin derecho a las discrepancias. Así se llega a la violencia.

LA PAZ

Entre esas primitivas y duras maneras de enfocar la existencia, hallamos otra tendencia, que es la que cobija a la totalidad de los humanos: la paz. Porque lo que hasta aquí hemos leído en Albert Camus, son los combates. Muchos de ellos injustos; de crueldad primitiva; sin facilidad de tender un puente, siquiera leve, a la misericordia. El devastamiento opera entre bandos. Y quienes pretenden tener la certeza revelada de la política, operan con dureza. Sin términos de referencia para vislumbrar otros derroteros. Están constreñidos; ceñidos a una fe irrenunciable; sofocados por el miedo. La paz es ceder, entender, apaciguar, estimular las concordancias, ver que despunten matices antes desconocidos. La paz es aceptar que alguien puede tener una conducta diferente a la nuestra, y que es posible convivir con aquél. Que no debe ser el exterminio la marca de tener otro rótulo en la frente de la ideología. Eso es lo que permite la convivencia, amar, padecer en compañía;

unirse en las horas de la estupidez y de la crueldad. Ella es el gran llamado a la comprensión.

¿Para alcanzarla, debo renunciar a algo de lo que ya domino? Es la pregunta que estimula la insensatez y la avidez. Pues sí. Es tolerar que alguien comparta el espacio que pretendo administrar con exclusividad. Es comprender que pueden presentarse otras alternativas. Es conducir el existir con rigor para no herir; para no extender susceptibilidades; ni amontonar celos. Es crear un clima donde las sentencias no sean excluyentes. Es vigilar los movimientos, para que éstos no se precipiten en brusquedades y torceduras contra alguien. Aquella no es evitar sólo el uso de las armas contundentes. Es que nuestra actitud; nuestros adjetivos; los minúsculos actos que realizamos no romperá el derecho de quienes no son nuestros aliados. Es una actitud individual y colectiva. Ella no es obligación sólo de los estados. Radica en que la equidad presida los sucesos de quienes dirigen, orientan, lideran, gobiernan en cualquier ámbito: en el político, en el económico, en el social. Es aceptar que ninguno tiene más derechos intransferibles que los otros. Es admitir que a cualquiera le corresponde una parcela de felicidad. Si con el más leve movimiento o palabra, se rompe esa ecuanimidad, estamos atentando contra la paz. Y su pérdida es irremediable. Al cometer una injusticia, el universo sale lastimado. Ya quedará una herida que puede no sangrar, pero que alguien la produjo por irritación pasional o desvío contra los deberes comunitarios.

La paz es lo esencial. Es lo básico y lo que debe presidir el transcurrir social. Es lo que le da permanencia y vigencia a los principios. Si éstos, como en el nazismo, se aceptan para dominar una clase o una raza o un grupo, se está rompiendo la estabilidad colectiva. Aquella, es la que apacigua. Es la que no escoge entre los buenos y los malos. No tiene vara para medir las injusticias, porque no las tolera. Extiende su comprensibilidad para los más dinámicos, atravesados, extraños y arriscados comportamientos. No se puede señalar como una tregua, sino como un mandamiento universal y permanente. La guerra, la violencia en cualquier forma, grado o intensidad, no es posible que siquiera logre aquiescencia. Porque ya, en ese instante, se está favoreciendo la inseguridad entre la colectividad. No puede prevalecer la "lógica inmoral del terror". No

puede combatirse lo sucio de una perversión, con la represión, igualmente delictual. De allí que cada uno, tiene el compromiso de erigirse y afirmar la vida.

A Rieux le preguntan:

"¿Cuál es el camino para llegar a la paz?"

.... La simpatía".

Y un día, Grand -que peleaba la belleza formal de las palabras, como tantos intelectuales que relegan sus deberes sociales- lo observó el médico frente a una vitrina, repleta de muñecos toscamente tallados para la Navidad. Y aquel dejaba caer unas lágrimas. Pensó el galeno:

"Este mundo sin amor es un mundo muerto. Al fin, llega un momento en que uno se cansa de la prisión, del trabajo y del valor. Y no exige más que el rostro de un ser y el hechizo de la ternura en el corazón".

"LA ALEGRÍA ES UNA QUEMADURA QUE NO SE SABOREA".

Las estadísticas denuncian con sus datos escuetos, que la "peste" rebaja. "Se tenía la impresión de que la enfermedad se había agotado por sí misma o de que, acaso, había alcanzado todos sus abjetivos". Se van produciendo varios acontecimientos; unos de carácter externo y otros que son de la intimidad. Se volvía a renacer entre la paz. Lo primero que se hizo patente, es que se caminaba, otra vez, con esperanza. Pero algo había roto el "sistema": algunos seres intentaban la evasión porque habían sido conducidos al escepticismo: "la esperanza no podía prender en ellos". Habían padecido tantos controles -reclusión, cuarentena, las puertas de la ciudad clausuradas, las comunicaciones interrumpidas-, que la libertad les impedía tener dominio de sí mismos. A veces se precipitaban como locos. Se vivía un clima moral de exaltación. Ayudaban, cooperaban, no deseaban que primara más la injusticia, que, algunos, curvados, la habían estimulado. Comienzan por darle luz a la ciudad: "los seres enlutados, no lograban desatar su alegría". Era natural. Algo les había roto la inseguridad en que se habían desenvuelto. Diversas ataduras estaban rotas. Algunos, permanecían todavía en "vigilia silencio-

sa". Se fueron triturando las "raíces de piedra" y así desaparecían los lugares cerrados. Emergía el júbilo. Era la paz que se manifiesta cuando se tienen anhelos.

Se veían melancolías en algunos de quienes regresaban. Ello les sucedía porque no tenían pasión. Se la habían estropeado con los desbordamientos contra su dignidad o la de los suyos. En cambio, los apasionados desechaban una "compensación que consistiese en ver correr el tiempo de la dicha dos veces más lento que el de la espera". Se comprendía que el voverse a ver, en ocasiones, había convertido en extrañas las voces. Las conductas eran inexplicables. La locura acudió a liquidar a varios. Fue una reacción extemporánea: la explosión de la tortura. Se evitaban los contertulios de otros tiempos, huían, se deslizaban en la noche. Había nuevos problemas y se iban reorganizando los servicios. Lo cotidiano, en la paz, comenzaba en el renacer del alborozo.

Murió Tarrou. Este, como él decía, "había perdido la partida". Es cuando Rieux se pregunta: ¿qué había ganado?. Y comienza a precisar: "conoció la peste y ahora debía acordarse de ella; haber conocido la amistad y acordarse de ella conoce la ternura y tener que acordarse de ella algún día. Todo lo que el hombre puede ganar al juego de la "peste" y de la vida, es el **conocimiento y el recuerdo**".

Murmuró algo que crispera la emoción del lector: "Pero si ésto era ganar la partida, qué duro debía ser vivir únicamente con lo que se sabe y con lo que se recuerda, privado de lo que se espera".

Y para que no quede la frase apenas en reflexión, recibe un telegrama en el cual le anuncia la muerte de su esposa: "era el mismo dolor el que continuaba".

En esos días, en el Teatro de la Opera, se estrena el "Orfeo" de Glük. ¿Por qué se apeló a esa música?. Invariablemente en la obra de Camus el simbolismo invade sus reflexiones. Sus personajes van señalando etapas de los años cuarenta. El argumento de la obra se tomó de las "Geórgicas" de Virgilio. Orfeo es el inventor de la cítara. Tocaba la lira y "por oírle, los árboles, las rocas, dejaban sus puestos; los ríos detenían su curso; las fieras se reunían en torno suyo". Como hijo de Apolo, se empeñó en rescatar a Eurídice. Esta, cree que

no la ama. La parábola se interrelaciona con lo que empieza a vivir la comunidad, entre sobresaltos y esperanzas. Los mares y los ríos, están en la obra indicando como fluye el existir.

LAS FUERZAS DE LA LIBERACION

En esta novela, se reencuentran muchos seres. Querían armar, otra vez, la felicidad. Para quienes habían perdido sus parientes en el "engranaje" diabólico que habían vivido, se prolongaba la "peste". Es cuando alguien sentencia:

"La igualdad, que la presencia de la muerte no había realizado de hecho, la **alegría de la liberación** la establecía, al menos por unas horas. Los "turistas de la pasión", pensaron y desecaron un ser que no estaba allí. Es la fuerza idealista, lejos de toda realidad. Que, también, confunde y deprime. Pero había otras ataduras que denunciaban la capacidad de olvido del hombre:

"Esas parejas enajenadas, enlazadas y avaras de palabra afirmaban, en medio del tumulto, con el triunfo y las injusticias de la felicidad, que la peste había terminado y que el terror había cumplido su plazo. Negaban tranquilamente, contra toda evidencia, que hubiéramos conocido jamás aquel mundo insensato en el que el asesinato de un hombre era tan cotidiano como el de las moscas; aquel salvajismo bien definido, aquel delirio calculado, aquella esclavitud que llevaba consigo una horrible libertad respecto a todo lo que no era el presente, aquel olor de muerte que embrutecía a los que no mataban. Negaban, en fin, que hubiéramos sido aquel pueblo atontado del cual todos los días se evaporaba una parte de las fauces de un horno, mientras la otra, cargada con las cadenas de la impotencia, esperaba su turno".

Aquí se menciona otro elemento que sirvió de tortura al nazismo: los hornos crematorios. Quien dude de que la obra tiene ese simbolismo, que evoque que en 1944 existía la efervescencia por la agitación dolorosa creada por la segunda guerra universal. Por el mismo tiempo de la publicación de "**La Peste**", monta la obra teatral, "**El Estado de Sitio**". En una carta de Camus a un amigo, le dice que "**La Peste**" describe la resistencia de Francia a las durezas de derecha que la invadieron. El mis-

mo, perteneció a ese grupo que peleaba, en la clandestinidad, contra el imperio del abuso. Porque si progresa el nazismo y se impone, se hubieran trastocado los valores sobre los cuales se ha desenvuelto su actividad. En "**El Estado de Sitio**" un sub-oficial con su uniforme sucio, dice:

"Yo elegí el Poder. Escogí dominar; comprenderéis que eso es más serio que el infierno".

Intelectuales reaccionan frente a la novela y alzando los hombros, afirman: ¿qué culpa nos cabe?. Pero él lo dijo más tarde, en 1955, cuando en agosto, le ofrecieron al humanista y ex-Presidente de Colombia, doctor Eduardo Santos, un homenaje por el cierre, decretado olímpicamente por la dictadura, del periódico "El Tiempo", de Bogotá. Sus palabras son de reluciente claridad:

"Se ve proliferar espíritus de quienes podría decirse que harían del gusto por la servidumbre al amo, un ingrediente de la virtud. Se ve a la inteligencia buscar justificaciones al miedo, e inclusive hallarlas sin mucho trabajo, puesto que toda cobardía tiene su justificación. Por ello, la Indignación se calcula; los silencios se conciertan; la historia acaba siendo un manto de Noé tendido sobre la obscenidad de las víctimas... A partir de entonces, todo está justificado: el asesinato de la libertad, así sea ella la de la Nación, la del pueblo o la de la grandeza del Estado".

EMIGRANTES EN SU PROPIA CIUDAD

El "engranaje" llevaba a que las personas fueran emigrantes en sus propias ciudades. Para el único que no terminaba el oficio, era para el médico Rieux, porque "no hay vacaciones para los enfermos". Para los que vacilan; para quienes se entregan sumergidos en su propia miseria; para los que no aman pelear su suerte humana, social y política. Se ven lejanos en su misma tierra: su "cara primero y ahora sus ropas hablaban de la ausencia y de la patria". había operado la separación. Se hallaban apartados de lo que los identificaba: "habían sido amputados de ese calor humano que los hace olvidar todo". Pregonaban su ansiedad por un ausente, desposeídos de la amistad. Muchos "habían deseado la reunión con algo que no podían definir, pero que para ellos era el único bien deseable. Y que, a falta de otro nombre, lo llamaban, a veces, la paz". Pade-

cían un exilio sin remedio: "para todos ellos la verdadera patria se encontraba más allá de los muros de esta ciudad ahogada. Estaba en las malezas olorosas de las colinas, en el mar, en los países libres y en el peso vital del amor. Y hacia aquella patria, hacia la felicidad era hacia donde querían volver, apartándose con asco de todo lo demás".

ELOGIO Y ESPERANZA EN EL HOMBRE

La ternura humana era la preocupación básica en esas horas en que volvía a reintegrarse la ilusión. El médico Rieux, al final, habló por la colectividad, pues lo que se padeció fue un estremecimiento general. Una etapa donde se emergía de angustia en angustia, mientras se sacrificaba la libertad. Sólo no sintieron esa expectativa, de dolor y de presión espirituales, quienes tenían "el corazón ignorante, es decir, solitario". Porque quienes no conocieron la ternura, no podían amar la paz.

El libro termina exaltando lo que amó siempre Camus: la humanidad. Y de ésta, lo que la hace perdurar, prolongarse y tener fe, es la solidaridad. La que aglutina, despierta vocaciones, y pone a los seres a pelear sus identidades con la libertad. El final de la obra es un bello canto a la seguridad de que el hombre, que puede extraviar su camino, lo reencuentra para volver a dar seguridad de que se empina y renace el existir. Así lo consagra Albert Camus:

"... el doctor Rieux decidió redactar la narración que aquí termina, por no ser de los que se callan; para testimoniar en favor de los apestados; para dejar, por lo menos, un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir, simplemente, algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio".